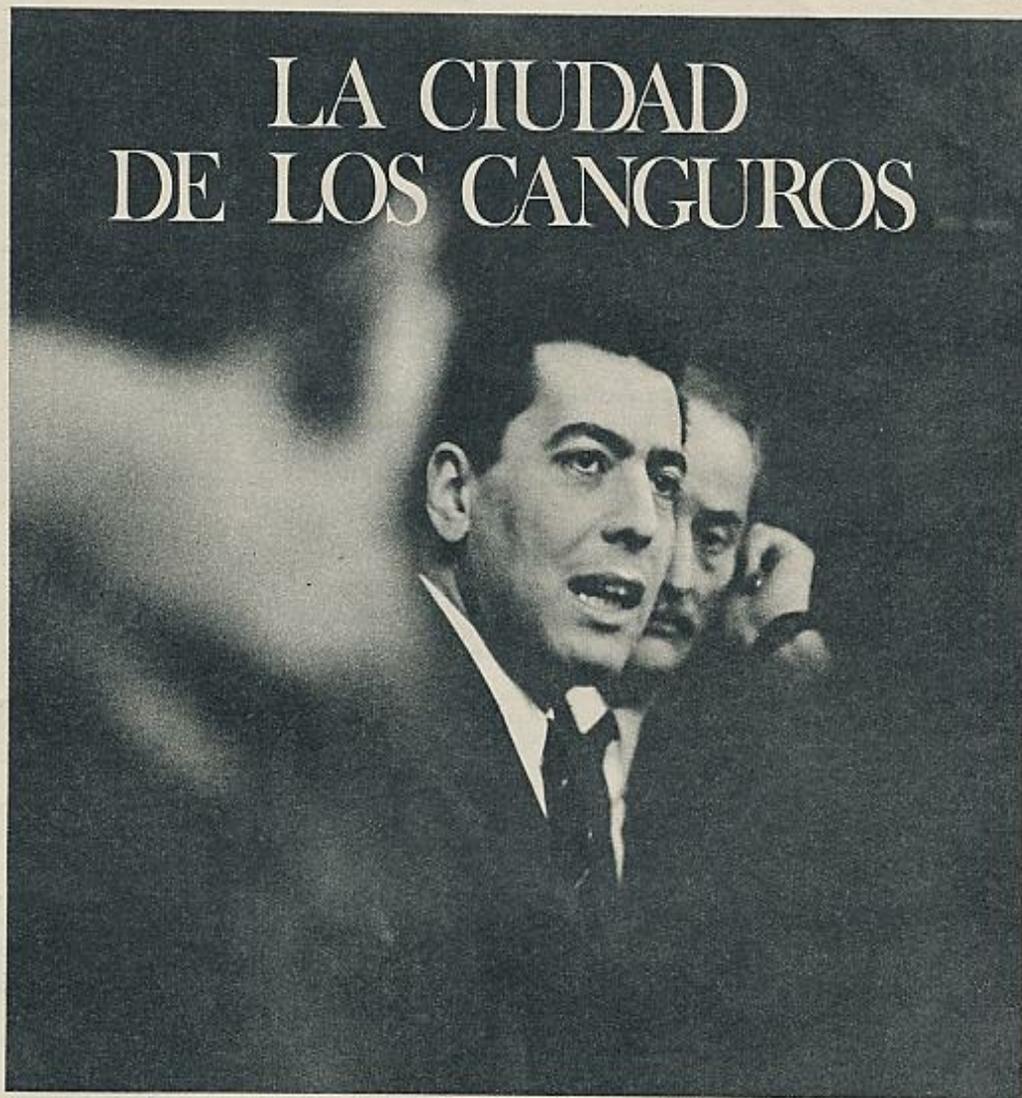


LA CIUDAD DE LOS CANGUROS



Entrevista
con
Mario Vargas Llosa
por
JUAN TOMAS DE SALAS

TRES novelas, niebla, niebla (ya menos niebla porque tapiaron las chimeneas); Vargas Llosa, Vargas Llosa Mario, treinta y tres años, casi treinta y cuatro, en Londres, la ciudad menos neurótica de Europa; sí, esa ciudad tela de araña a orillas del Támesis-Thames, donde cuatro millones de casitas de zapatos acogen a millones de subordinados de la Reina Isabel y de la Reina madre y de los Reyes Magos, y acogen, además, a tribus escuálidas de «colored people», un centenar de diputados socialistas, bastantes ladys y lores, decenas de «hippies» honradísimos, ardillas, ursulinas, dos cigüeñas, los restos mortales del buen Rey Freddie de Uganda, y acogen, sobre todo, a un escritor peruano excelente que es el motivo de este ruido.

Kangaroo Valley, el «valle de los canguros»; Fairs Court, de Londres, barrio que debe su exótico nombre a la extrema concentración que padece de australianos rubicundos, debería cambiar de nombre y llamarse valle de la vicuña, o de los Andes, o de Cervantes el filósofo, porque en Earls Court habitan, además —no hay más que oírlos vociferar por el asfalto—, multitud de hispanoparlantes; es decir, multitud de funcionarios o acólitos de ese área cultural que habla castellano en dos o tres continentes y en los tres se debate con parecidos fantasmas que responden (es verdad que responden ¡guay del que intente malmentarlos!) al mismo nombre.

Mario Vargas Llosa, treinta y tres años, natural de Arequipa (Perú), casado, dos hijos varones (chiquitos), más de 1,75 de estatura, pelo oscuro, piel blanca, ojos negros, jersey de cuello hasta las orejas, profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Londres, habitante del primer piso de una casita de tres en Earls Court, estudió secundaria en el colegio militar limeño Leoncio Prado (pero esto es otra historia, una historia de trescientas cuarenta y tres páginas que recibió el Premio Biblioteca Breve, de Barcelona, hace ocho años ya), siguió la carrera de Letras en Lima, se doctoró luego en la Universidad de Madrid y dio, finalmente, en escribir novelas. Producto de tal afición han sido tres libros: «La ciudad y los perros» (Premio Biblioteca Breve 1962), «La casa verde» (Premio de la Crítica en 1966 y Premio Internacional de Literatura Rómulo Gallegos en 1967) y, ahora, relictiva, «Conversación en la Catedral», terminada hace sólo seis meses.

Con sólo estas novelas —en realidad le bastó con la primera—, Vargas Llosa entró a formar parte

de esa cuadrada de grandes escritores hispanoamericanos que están dando vida a lo que quizá sea la mejor novelística en el mundo de hoy. Bien se merece, por tanto, una visita al Valle de los Canguros para celebrar una plácida charla en ese reino de los mamíferos didelfos.

NOTAS NO TAQUIGRAFICAS DE UN MONOLOGO

«En el principio de mis novelas, mucho antes de pensar en escribirlas, hay ciertas experiencias personales, generalmente negativas, recuerdos no halagadores, pequeñas angustias, cosas dolorosas en mi memoria que pugnan por durar y repetirse, que extraen por asimilación otros recuerdos inquietantes

y que acaban por convertirse en pequeñas obsesiones.

«Sobre esa base se inicia la novela, una tentativa compleja. Por un lado hay una voluntad de exorcismo, de sacarte de encima la obsesión, de eliminarla, pero, al mismo tiempo, hay una voluntad de recuperación, de resurrección de algo que perdiste ya irremediadamente. Por eso es tan acertada la frase de Valle-Inclán de que para un escritor las cosas no son como las ven los ojos, sino como las recuerda la memoria.

«Parto, pues, de ese reducido bagaje de obsesiones y sobre él opera la fantasía; imagino así un argumento, una historia que las haga a la vez resucitar y morir para siempre. Es el momento de empezar a escribir, de empezar la primera fase de la novela: un gran borrador, un magma caótico en donde exploro

multitud de posibilidades, donde cuento un episodio varias veces desde distintos puntos de vista, donde escribo varios capítulos diferentes sobre un mismo asunto. Esta es la novela en bruto, casi mil páginas en «Conversación en la Catedral», más de un año de trabajo.

«Lo curioso es que en mis tres novelas me he visto obligado a escribir tres versiones distintas en borrador. Y es el trabajo más angustioso, me duele mucho escribir sobre esas páginas en blanco. Pero acabado el borrador, se inicia la segunda etapa y en ese momento escribir es apasionante; ya no se trata de inventar, sino de seleccionar entre las diversas posibilidades exploradas, de reescribir una historia que ya sé de antemano.

«Sí, sí, es apasionante escribir entonces. Cuando empiezo a trabajar, los recuerdos son algo muerto,

cosas muertas que duran, que crecen, pero sobre las que yo tengo un control total, las apilo o las mezclo o las elimino con total libertad. Pero llega un momento en que el magma se rebela, hay cosas entonces que ya no puedo decidir, no puedo forzar a un personaje a que haga esto o aquello, se me resiste con su propia lógica interna, la historia empieza a controlarme a mí, el magma vive.

«A partir de ahí, yo sirvo a la historia».

Y MENOS TAQUIGRAFICAS AUN DE VARIOS DIALOGOS

Sobre el exilio

—¿No te parece curioso, o inquietante, que en momentos en que la literatura latinoamericana está adquiriendo una autenticidad y un peso propio sin precedentes, varios de sus mejores autores —entre ellos tú— hayan elegido una especie de exilio voluntario?

—Personalmente, creo que hay una mistificación total en el planteamiento del llamado problema del «exilio». No creo que sea necesario vivir en América Latina para hacer literatura latinoamericana. En primer lugar, porque el domicilio de uno no quiere decir nada, estar «exiliado» de verdad de su propia realidad es una actitud mental que no tiene nada que ver con la geografía. Pero ocurre, además, al menos en mi caso y probablemente en muchos otros, que es más fácil conocer a América Latina desde Europa que desde nuestro país natal. Hay tal incomunicación cultural en América de país a país que desde fuera es más fácil conocer al todo.

«Se habla también del «exilio» como problema moral. Hay quienes debaten si el escritor está o no obligado moralmente a vivir en su propio país para contribuir así a la tarea de mejorar la cultura nacional a través del periodismo o de la enseñanza. A mí me parece que esta posición indica un menosprecio total por la literatura. La mejor manera en que un escritor sirve a su país es escribiendo, aunque sea en el extranjero. Se podrían citar muchos ejemplos, pero bastan dos: Rubén Darío o Martí.

—Bien, bien, pero, ¿por qué eligiste Londres?

—Llevo ya tres años en Londres y antes de eso viví siete en París. Londres me parece la ciudad ideal para escribir: escribes o mueres. En París, la comunidad latinoameri-

cana es tan grande que en los últimos años me era casi imposible aislarme para escribir. Cuando terminó mi trabajo con la radiotelevisión francesa me ofrecieron un puesto en la Universidad de Londres y aquí sigo, dictando cursos de literatura latinoamericana en el Kings College. Pero la etapa londinense se acaba ya. En junio me retiro de la Universidad y me voy a Barcelona, por unos meses, o años quizá.

Sobre política

—¿Qué opinión tienes sobre la junta militar peruana?

—Si se tiene en cuenta que el ejército peruano era uno de los más reaccionarios de América, la actuación de la junta militar hasta ahora es algo totalmente inesperado. Hay dos medidas, sobre todo la reforma agraria —que ha asustado un golpe mortal al feudalismo agrario— y la nacionalización de la petrolera norteamericana IPC, que indican a las claras que el golpe contra Belaúnde fue algo muy distinto a un cuartelazo.

«De todas maneras, el futuro del régimen se presenta bien ambiguo. Mientras no abra sus puertas a una participación popular que garantice la línea progresiva emprendida hasta ahora, siempre habrá el peligro de una revolución de palacio que ponga fin al proceso.

—En el gran debate socialismo-capitalismo, ¿cuál crees que es la mejor vía para el Perú?

—Estoy por una solución socialista de los problemas de mi país. El monstruoso retardo y anacronismo de nuestra realidad sólo puede vencerse con una política socialista. Pero no, no pertenezco a ningún partido, y por eso no soy partidario de una adopción mimética del modelo socialista vigente. Estoy contra la censura, contra la burocratización, contra la invasión a Checoslovaquia y no acepto que todos los medios sean buenos para llegar al socialismo —medios corruptos pueden envilecer el fin perseguido, y eso bien lo sabían los grandes pensadores socialistas—. En el socialismo en que creo debe haber democracia, y libertad de prensa, y libertad de oposición política. No soy ruso ni norteamericano, soy peruano. No creo que haya que liberarse de los Estados Unidos para volverse piezas de ajedrez de Rusia o China.

Sobre la novela

—Has dicho que escribes para quitarte de encima recuerdos des-

agradables que te llegan a obsesionar, pero, además, debes escribir con vistas al mundo exterior. ¿Con qué objeto, para cambiar la realidad, para influir sobre ella?

—Toda novela es un acto de rebelión. Esa es la función social de la novela. Escribir es una negación del mundo real. Si estás reconciliado con la realidad, no tiene ningún sentido crear otra realidad distinta con la palabra escrita. Escribir es ya un acto de negación simbólica, verbal, de una realidad-real que no nos gusta. Por eso las experiencias subjetivas que están en el origen de la novela son generalmente negativas, dolores, formas de rencor, insatisfacciones. Y cuando estos demonios u obsesiones del escritor coinciden con los demonios colectivos es cuando se produce lo que llamamos una «gran novela».

Sobre puntos y comas

—La novela moderna está cambiando, casi se podría decir destripando, la ortodoxia de la puntuación, ¿por qué?

—Yo creo que la novela moderna es más compleja, más llena de matices y niveles, precisamente porque la realidad actual es más rica o, mejor dicho, sabemos más sobre ella. La puntuación puede darte posibilidades narrativas enormes, pero a condición de conceder a los signos funciones inéditas. En «Conversación en la Catedral» he visto muchas veces desaparecer las comas o los puntos. Una frase abraza, en un solo movimiento, hechos ocurridos en tiempos o espacios diferentes y a veces a esto se suma una fusión de varios niveles distintos de la realidad, actos, pensamientos, fantasías, y todo ello sin transición, sin señales gráficas de menos, coma, punto y coma, dos puntos y punto. Esta frase-serpiente me ha obligado a modificar a veces la puntuación clásica, y no te oculto que así me he creado algunos problemas con los tipógrafos.

Pormenores

En la casa de Vargas Llosa, de Londres, no funciona el timbre de la puerta, pero sus hijos chiquitos recitan cuentos de Caperucita Roja en el pasillo durante las entrevistas. En su salón hay pocos muebles —alquiler de apartamento amueblado, mal gusto y mezquindad del casero inglés de clase media, sofá en forma de concha hollidina color rojo de labios de dama

callejera— y, sin embargo, en un sillón había un descomunal artefacto gasífero: una especie de riñón verdusco, de metal, con ranura y metrónomo y lacres oficiales.

«Lo peor en Inglaterra es tener que irse a la bañera con una bolsa de peniques para ir alimentando al gasímetro y evitar así que el agua tibia se torne siberiana». Vargas Llosa debió rebelarse contra esta austeridad anglosajona y por eso el gasonomio o gasífero yacía desconectado y verde por los sillones.

El hecho de que acabara de llegar la primavera tampoco pareció concertar en lo más mínimo al escritor peruano. Vargas Llosa es serio, serio, serio. Tan serio que aún sigue siendo patrón diecinuevesco de sí mismo y no se concedió el privilegio de la semana inglesa: trabaja de lunes a sábado, día tras día, desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde. «Soy muy desordenado y por eso tengo que trabajar así, metódicamente, a la misma hora, los mismos días, en el mismo sitio; si pierdo una semana o un día luego me cuesta mucho volver a empezar».

Y con esta meticulosidad debió empezar a escribir en Madrid hace ya diez años el borrador de aquella primera novela suya, «La ciudad y los perros», doscientos mil ejemplares, verdadero mesías de un santo advenimiento literario que tiene como escenario a la veintena de monarcopúblicas cervantinas.

La novela tuvo un éxito fulminante a ambas orillas del Atlántico. Se diría que los ladrillos de la «Malpapeada» demolieron los muros de las veinte Jerusalenes viejas y, como por ensalmo, doscientos millones de hispanoparlantes olvidaron rencillas viejas, otearon sobre las fronteras provincianas y se reconocieron primos hermanos, aunque no fuera más que en el sutil estadio olímpico de la palabra escrita.

«La ciudad y los perros» abrió brecha, por ella se lanzaron luego arrolladores los «Cien años de soledad», del colombiano García Márquez, y resucitó continental Julio Cortázar, y Miguel Ángel Asturias, y Jorge Luis Borges. Un puñado de nombres iberoamericanos —Carlos Fuentes, Lezama Lima, Octavio Paz, Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Borges, etcétera— anunció a grandes voces que estaba viva la fantasía y que al estallido peninsular de la primera parte del siglo XX sucedía ahora un renacimiento literario en el hermano siamés y transatlántico de la que fuera metrópoli sin puesta de sol en otras edades.

■ J. T. S.